

Nov. 6 de 1991

## 1.- CONFERENCIAS MAGISTRALES

- 1.- "SIGNIFICACION Y SENTIDO DE LA FILOSOFIA"  
Dr. Agustín Basave Fernández del Valle  
Doctor en Derecho, Madrid, España.  
Doctor en Filosofía h.c. de la U.A.N.L.  
Rector Emérito de la Universidad Regiomontana.
- 2.- ACTUALIZACION DE LA ENSEÑANZA DE LA LOGICA  
A NIVEL MEDIO SUPERIOR.  
Lic. Valentín Castañeda García  
Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras  
de la U.A.N.L.
- 3.- LA ENSEÑANZA DE LA ETICA A NIVEL MEDIO SUPERIOR  
Lic. Francisco Nieves López  
Coordinador de la Escuela de Filosofía de la  
Universidad Regiomontana.
- 4.- LA IMPORTANCIA DE LAS CIENCIAS HUMANISTICAS  
A NIVEL MEDIO SUPERIOR.  
Dr. Ricardo Sánchez Puentes  
Doctor en Filosofía: Lovaina, Bélgica.  
Asesor ANUIES e Investigador U.N.A.M. (Nov. 8-1991)

## FILOSOFIA COMO PROPEDEUTICA DE SALVACION

PROFR. DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE  
RECTOR EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD REGIOMONTANA

Una filosofía que no sirva para la salvación del hombre, es una filosofía estéril y fraudulenta. Pues si la filosofía a no es filosofía al servicio del hombre, y, por lo tanto, de su salvación, ¿Para qué o para quién puede estar hecha esa filosofía? Debemos estudiar el ser y la esencia de las cosas por su referencia al hombre y conocer y amar al hombre por su relación de Dios.

La filosofía como propedéutica de salvación -tal como la entiendo yo, por lo menos- no sólo es contemplación de lo eterno (facultad intelectual), sino también sobre lo temporal, disposición de las cosas materiales al servicio del hombre (conocimiento pragmático). Si la filosofía no es filosofía al servicio del hombre es vana sofistería, pura logomaquia. La auténtica filosofía, al fin cosa humana, está en última instancia, como todo lo que es humano, al servicio de la vida, a disposición del hombre. Si suprimimos el carácter de síntesis superior y vital de los conocimientos del hombre, nuestra disciplina - pierde todo su valor íntimo y existencial. Una filosofía que no esté al servicio del existir -dicho sea con absoluta sinceridad no nos interesa. Es mi propia vida, con sus angustias y esperanzas, la que me insta a filosofar. Se trata de un imprescindible menester de ubicación y de autoposición. Y en ese menester me juego a mí mismo de manera integral, porque en la búsqueda y descubrimiento de la verdad me identifico con mi filosofía. No ocurre cosa semejante con ninguna otra ciencia. Todo auténtico filósofo forja una filosofía y la encarna. Siente el imperativo de explicar fundamentalmente la realidad entera, de acercarse a la estructura óptica de los objetos y escrutar su fondo invisible, subyacente, ontológico. Pero a la vez no puede ni quiere prescindir de una sabiduría vital de los últimos problemas huma



nos. No se puede vivir sin saber cómo es bueno vivir. De ahí la primacía del saber de salvación en nuestro estado de itinerantes.

En tanto que los conocimientos de las ciencias particulares influyen sobre las condiciones de la existencia humana, la "filosofía influye sobre la vida misma del hombre".

Filosofar -decía Sócrates- es aprender a morir, pero - al aprender a morir, el sabio aprende también a mejor vivir". Vivimos mejores a medida que, impulsados por el asombro y la duda, vamos eliminando fantasmas y espejismos. Y tras esta labor preliminar, la "armonía viviente". Una armonía que no es tan sólo orden formal, abstracto, sino concreción de cosas reales con sentido último. "El hombre no puede aceptar nunca, a ningún precio, la contingencia. Por eso no cesa de buscar y de invocar un absoluto que le salve, en cierto modo, de su contingencia. Y bien podríamos decir que esta búsqueda y esta invocación constituye su humanidad misma".

Somos posibilidades porque antes somos entes anhelantes de perfección. Justamente por ese carácter de incompletud y de limitación que nos condiciona, nos vemos estimulados y comprometidos a filosofar. No se trata de oficio de filósofos, sino de condición de hombres. Sólo el desconocimiento de nuestra finitud nos mantendría fuera del compromiso de filosofar. La filosofía es imprescindible e inevitable. Los que aplazan la verdadera aventura filosófica, viven, sin saberlo, con una filosofía miserablemente anémica. Porque en todos sus aspectos, humildes o elevados, la existencia del hombre es la búsqueda de la verdad. Sabemos que sin la verdad -humanamente hablando- no hay verdadera vida ni vida verdadera.

"La filosofía es una rigurosa y metódica explicación fundamental y teleológica de la realidad entera, de la totalidad en cuanto hay, por últimos principios y una sabiduría vital de los últimos problemas humanos". Ciertamente que nunca llegare

mos a conocer, exhaustivamente, el orden natural. Nos topamos, al final de cuentas, con el misterio, con la franja nebulosa. El último acto de la razón -como lo advirtió Pascal- es reconocer que la razón tiene límites. Cabe agregar, no obstante, que como no se pueden establecer "a priori" estos límites, siempre es posible, en la práctica, el progreso indefinido del filosofar. La filosofía no es una simple abstracción: es la vida, en su sentido radical, henchida de significación. Se trata de un imprescindible menester de ubicación y de autoposición. Hay un compromiso con la totalidad de cuanto hay por la cual me pregunto, que surge desde nuestra total humanidad concreta y que nos autoriza a considerar la filosofía como compromiso. Cuando despertamos a la conciencia estamos ya en pleno viaje. El problema de la salvación adquiere, por nuestra situación original misma, un carácter de primacía sobre cualquier otro problema. Y una filosofía como propedéutica de salvación se agolpa hacia la estrechez de lo "único necesario".

Un cuerpo de verdades despegado de la vida podrá ser ciencia particular o cualquier otra cosa, pero no filosofía. La vida humana es riesgo, problema e inseguridad porque nuestra constitutiva finitud nos pone en el trance, por lo tanto, de equivocarnos el sentido de nuestra vida. Ante este riesgo y ante esta inseguridad, tenemos que pensar y tenemos que actuar. La "praxis" está colgada de la teoría. Queremos saber el sentido último de nuestra acción y de nuestra vida integral. Por eso, precisamente, se da una integración de vida y teoría. Realizamos integralmente nuestra naturaleza finita cuando, tratando de ser hombres hasta el fondo, nos percatamos de que el hombre -como advirtió Neitzche- está hecho para ser superado. Pero la superación sólo se realiza - y es lo que no supo ver Friedrich Nietzsche - por vías de amor. Apasionándonos en nuestra tarea de filosofar para mejorar vivir como hombres, encontramos nuestra unidad fundamental de ser, y en esa unidad, lo que funda, lo fundante, el ente fundamental y fundamentante. El ímpetu de trascendencia, fincado en la libertad, marcha hacia la salvación y por la salvación adquiere su último y verdadero sentido. La



constante preocupación acerca de nuestro propio ser reclama una respuesta adecuada. No queremos aniquilarnos, no queremos vivir en vano. Nuestra existencia humana es, en sus estratos más hondos, una permanente y rotunda afirmación del ser ante la nada. - Filósofo sólo puede serlo el amante del saber último. La filosofía es un saber para la salvación del hombre.

Ante todo, es preciso partir de la realidad. Estamos en la realidad y la realidad nos está presente. Esta presencia se abre al inteligir por su sentido. La tarea central de la filosofía estriba en buscar sentido a la realidad en que está el hombre. ¿En qué consiste la realidad sin más, la realidad como realidad? La realidad está presente en todas las cosas, sin confundirse con ellas. Está en los entes, pero trasciende a toda clase de entes. Habencia es todo cuanto "hay" en el universo -- multiforme. La explicación de este "haber" o "habencia" - "sit venia verbo" - es el quehacer de la metafísica general u ontología. Antes de cualquier contenido enunciativo sobre la realidad o los entes, está el sentido existencial del "haber" o campo de la "habencia". Al decir: "hay astros", "existen perros", "México es una nación", "no hay centauros", "las hadas no existen", - "hombre sin cuerpo o sin espíritu" no es una realidad; estamos situándonos "en" un ámbito existencial referido al mundo. Porque lo que de algún modo no está referido al mundo, carece, para nosotros, de realidad. La raíz misma en donde todos los objetos ónticos revelan su existencia, su entidad, es en el mundo. No cabe pensar un ser que esté absolutamente desligado al mundo. Si es posible pensarlo es por el ligamen existente. Pero de esto no se infiere que los entes (o valores) se confundan con el mundo ni se circunscriban a su horizonte. Cada ente, transido de mundanidad, es un "haz" de referencias y conexiones ontológicas dentro de una "estructura" englobante. La realidad del mundo está a la vista de un yo-espectador temporal y de un yo-espectador creador, necesario y eterno. Las cosas presenciadas están a la vista del espectador de modos muy diversos, que guardan, - no obstante, una unidad o conexión fundamental.

Al presenciar las cosas y las posibilidades -constitutivamente-presenciabiles- advierto en ellas el reflejo de la Presencia original y originante. Esta misma la encuentro reflejándose en todo mi ser que se autopresencia. Y todas las presencias existentes tienen una determinada "consistencia". En la esencia existente de cada cosa real vemos que no es posible, que se funde - por sí misma. Buscamos entonces un fundamento, un complemento, - una estabilidad que le falta al ente concreto. Es así como emprendemos la búsqueda del Ser supremo, del Ser que está más allá de los entes haciendo que los entes sean. La habencia -todo cuanto hay en el ámbito finito- es el punto de partida familiar, macizo, irrecusable. Pero en el plano metafísico es preciso retroceder hasta la raíz y apoyo de la habencia que está acaeciando. Y con la intuición primordial de la habencia intuyo, también, - sus primeros principios metafísicos: 1) principio de presencia: todo cuanto hay está de algún modo presente; 2) principio de participación: inclusión de las parte en el todo por una vinculación espacio-temporal y entes que son en la medida que se parecen parcialmente al Ser Absoluto; 3) principio de sentido: todo cuanto hay es pensable con disposición tendencial y conexas; - 4) principio de contexto: todo cuanto hay se ofrece en marco lógico y en marco existencial; 5) principio de sintaxis: todo - cuanto hay se presenta articulado en función de algo. La unidad de la habencia no es la atmósfera vacía del ser. Pero esta habencia -universal concreta- se presenta como finita y contingente. Consecuentemente, implica una suprema realidad actual, inmutable, infinita e irrespectiva.

La antropología filosófica o antroposofía tiene, dentro de la filosofía general, un lugar de privilegio. La persona es el núcleo de mi ser y el centro de las cosas que me contornean. Y tanto menos me pertenecerán las cosas subpersonales - cuanto menos se dejen penetrar por mi persona. Toda ontología - debiera empezar en la esfera de la persona. Todo obrar arranca de la persona, reobra sobre ella y gira siempre a su alrededor. Porque tenemos existencia de hombre captamos el sentido de nues